

aceptaba, y reservándose el hacer su gusto si consentía, conjetura esta última muy verosímil, si se tiene en cuenta que el primer Cónsul manifestábase dispuesto á transigir con casi todas las conclusiones contenidas en el *ultimatum* de lord Whitworth, desechadas antes por él, y de que poco después no toleró siquiera que se hablase. Sin embargo, y por si acaso, se cuidó de imponer una condición que le constaba rehusaría siempre la parte contraria, cual era la inmediata cesación de las hostilidades. Inglaterra, en efecto, no se había decidido á la guerra sino al cabo de serias y largas meditaciones, y ya en el trance que estaba colocada, quería zanjar la cuestión de una vez, por manera que se negó á someterse á un arbitraje sin apelación, que temía, con fundamento, fuera simplemente un ardid; pero se mostraba pronta á admitir la mediación, en el bien entendido que «las negociaciones debían extenderse á todas las diferencias que motivaran la guerra entre los dos países.» Alejandro deseaba sinceramente la paz, y se sentía animado de pasiones generosas y elevadas; mas no era tan incauto que se le ocultasen las verdaderas intenciones del primer Cónsul, comprendiendo al par que, al deferirle aquel supremo arbitraje, parecía como quererle dar á entender que carecía de interés directo ó indirecto en el asunto y declararlo extraño á las querellas de Europa; así es que, lejos de enojarse con Inglaterra por la negativa de ésta á consentir en el arbitraje, renovó sus antiguas reclamaciones á favor de sus protegidos, protestando con vivacidad de la ocupación de Hannóver y del nuevo atentado cometido en perjuicio de Nápoles. Con todo, á mediados de Agosto de mil ochocientos tres, expuso al gobierno consular, en términos generales, las concesiones que juzgaba más oportunas para restablecer la paz entre las partes beligerantes; pero el primer Cónsul, que había propuesto el arbitraje, rechazó la mediación, y las mismas condiciones que antes presentara como bases de arreglo, las reputaba ahora inadmisibles y hasta *absurdas*. Las comunicaciones que con este motivo se cambiaron entre París y San Petersburgo pusieron fin á la mediación rusa; y no fué esto lo peor, sino que Alejandro estimó como propio el fracaso de su gestión oficiosa y acabó de conocer el carácter de Bonaparte, respecto al cual había ya escrito, en una carta dirigida á Lagarpe, contestando á otra del célebre preceptista, las frases siguientes, dignas de recordarse por ser un autócrata su autor: «He rectificado con usted, decía el monarca, amigo mío, nuestra opinión acerca del primer Cónsul. Con el Consulado por vida dejó caer el velo; después va de mal en peor. Ha comenzado por privarse así mismo de la gloria más bella reservada á un humano, la única que le faltaba, la de probar que había trabajado sin ningún género de miras personales por la felicidad y la gloria de su patria, permaneciendo fiel á la Constitución que jurara y entregando el poder pasados los diez años de su ejercicio. En lugar de esto, ha remedado á las Cortes y violado la Constitución de su país. Hoy es uno de los tiranos más famosos que la Historia haya producido.»

No logró, pues, Bonaparte enredar á Alejandro en sus lazos, y frustrósele también la

esperanza que acariciaba de conquistarse la alianza de Prusia. El bloqueo de la embocadura del Elba y la del Weser con que Inglaterra trataba de castigar al Imperio germánico por no haber defendido la neutralidad de Hannóver, las lamentaciones de los comerciantes arruinados, las alarmas de los pequeños príncipes alemanes y las advertencias de Rusia descontenta, habían puesto el colmo á las perplejidades del gabinete de Berlín. No quería éste, sin embargo, romper con Francia, la cual, á su vez, se hallaba interesada en tenerlo por amigo; pues bastaba la mera abstención de Prusia para restar muchas probabilidades de triunfo á cualquier liga europea. Ahora bien, Federico Guillermo, además de ofrecer su neutralidad, garantizaba la de Alemania, pidiendo como única recompensa que se evacuase el puerto de Cuxhaven, perteneciente á los hamburgueses y ocupado contra todo derecho por el ejército republicano, y que se redujeran al minimum indispensable las tropas que había en el Electorado. A estas proposiciones, tan moderadas por parte de Prusia y tan ventajosas para Francia, contestó el primer Cónsul prometiendo á aquélla la cesión de Hannóver á cambio de un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Aunque sedujese á Prusia la perspectiva de adquirir el Electorado, los riesgos que corría al aliarse con Francia eran hartó visibles para que se embarcara en la aventura, tanto más cuanto que se había formado allí un partido poderoso que combatía la política francófila y denunciaba sus peligros. Negóse, por tanto, á satisfacer los deseos de Bonaparte, aunque sin desistir de sus quejas, y no pudiendo recabar siquiera la evacuación completa del Hannóver á trueque de la neutralidad germánica, adoptó una actitud fría y casi hostil respecto á la República.

Bonaparte, impelido por su ambición, iba sembrando á los cuatro vientos desconfianzas y rencores. Puede decirse que estaban ya dispuestos los elementos de una gran coalición europea, que no aguardaba sino la ocasión de formalizarse. Las potencias de primer orden, celosas é irritadas, y las restantes maldiciendo del yugo ó temiendo caer bajo él de un momento á otro, era evidente que bastaba la chispa más insignificante para prender el fuego á la hoguera. Las circunstancias no parecían, pues, las más abonadas para intentar la expedición contra la Gran Bretaña, que, aun en el caso de un feliz desembarco, á poco que prolongaran su resistencia los ingleses, dejaría abandonado el pueblo francés á los ataques de sus numerosos enemigos. Seguramente, no se ocultaba esta contingencia al talento penetrante del primer Cónsul; pero, después de haber soltado tantas prendas, no le era posible autorizar la presunción de que retrocedía. En su reciente viaje á los departamentos, le habían aclamado en todas partes como «vencedor de Inglaterra;» en Amberes, el presidente del Consejo General le dió el título de «Napoleón el Grande,» y al regresar á París, le dijo Seguier, cumplimentándole: «Los magistrados se sienten orgullosos al depositar á vuestros pies el tributo de sus corazones.» Más endiosado cada vez, no podía dar un paso atrás ó aparentar que lo daba, sin comprometer el prestigio

que en más tenía, el de su fuerza y de su superioridad militar. Estaba decidido á transformar la República en Imperio, y para ceñirse la codiciada corona, necesitaba obtener nuevos triunfos en los campos de batalla que cohonestasen su pretensión, ó bien era preciso que alguna gran crisis de carácter interior le permitiese invocar la salvación pública. Desplegaba, por tanto, titánicos esfuerzos para producir en los espíritus el estado de tensión que prepara los acontecimientos extraordinarios: activaba los armamentos, iba concentrando las escuadrillas en Boulogne, erizaba de cañones las costas amenazadas, mantenía el entusiasmo de las tropas con sus continuas excitaciones, las endurecía en la fatiga con no interrumpidos ejercicios, lanzaba desde las columnas del *Monitor* sangrientos insultos al pueblo rival, ordenaba pulsar la lira, con escaso fruto ciertamente, á los poetas, y hasta hacía interpretar coincidencias y hechos, más ó menos singulares y espontáneos, como presagios favorables á la proyectada invasión. A pesar de todo, la gigantesca empresa avanzaba con más lentitud de lo que se había supuesto. Se verificó felizmente un primer movimiento de concentración parcial de la flotilla, gracias á las baterías de la costa; pues como los barcos chatos no necesitaban aguas profundas, tenían que alejarse poco de la ribera y quedaban fuera del alcance de los cañones ingleses. No obstante, en los pequeños encuentros que la operación ocasionó y en los obstáculos que se presentaron, pusieron de manifiesto multitud de inconvenientes, pudiendo ya formarse idea algo aproximada de las grandes dificultades y peligros de la aventura: por de pronto, hubo que cambiar de arumaje, variar el calibre y la colocación de las piezas y desechar parte de los barcos como inservibles. El primer Cónsul, que había pasado en Boulogne más de la mitad del mes de Noviembre dictando órdenes y disposiciones é inspeccionando los trabajos con sus propios ojos, convencióse luego de que era indispensable demorar la partida; y comprendiendo que las fuerzas de la flotilla eran de por sí insuficientes para intentar el paso con algunas probabilidades de buen éxito, se determinó á proporcionarle el apoyo de las escuadras de Tolón, Cádiz y Bresl, que, á su juicio, podrían juntarse para ir á Boulogne á fines de Febrero del siguiente año, aunque todas las personas competentes estimaron el plazo demasiado corto. El pensamiento primitivo era que la unión de las escuadras se verificase en Cádiz, en el mismo Tolón ó en Lisboa, y su realización requería que Nelson, engañado por falsas demostraciones, bogase hacia Egipto, y que, además, se burlara la vigilancia de los cruceros ingleses que observaban las costas de Francia y de España. Más adelante, probablemente en Diciembre, Bonaparte entrevió la posibilidad de que las flotas se reunieran en las Antillas, para de allí venir á Boulogne, y esta idea se la sugeriría sin duda la necesidad de socorrer á la Martinica: al menos, el veintinueve de dicho mes fué cuando Ganteaume recibió la orden de darse á la vela con rumbo á aquella isla, llevando refuerzos. Este plan ofrecía menos riesgo que el anterior, y con él era más fácil desconcertar al enemigo.

La forzosa lentitud con que tenían que marchar los sucesos militares contrariaba al primer Cónsul, impaciente por cometer su último atentado contra la República. Después de la agitación, bastante ficticia, producida con motivo de los armamentos de Boulogne, le calma renacía en los ánimos; por otra parte, Europa, inquieta y hostil, espiaba la marcha de los acontecimientos, pronta á aprovecharse de la menor falta del futuro emperador. Esta situación era poco tranquilizadora, permitía á los espíritus reflexionar y, sobre todo, mientras durara, no podía presentarse la ocasión esperada por Bonaparte para consumir su nueva usurpación. Ni se vislumbraba la salida de la guerra, ni ocurría nada extraordinario en el interior del país. En este instante crítico, las combinaciones del primer Cónsul, secundadas maravillosamente por los realistas, hicieron surgir el pretexto que anhelaba, como vamos á ver.

Al estallar otra vez la guerra, habían despertado las esperanzas de los numerosos enemigos de Bonaparte. Este sentimiento, contenido por necesidad en París, se desbordó en el extranjero, especialmente entre los emigrados de Inglaterra, los cuales, siendo testigos del ímpetu y ardor guerrero que se desarrolla en torno suyo, reputábanlos irresistibles, olvidando la fuerza y la astucia de su terrible adversario. El Conde de Artois, espíritu intransigente, ligero y falto de penetración, alentaba las ilusiones y compartía la impaciencia de sus parciales. Querían estos cooperar eficazmente al vencimiento de Bonaparte y, más aún, apresurarlo, aceptándose y desechándose á tal intento distintos proyectos por el Conde de Artois y sus consejeros y amigos. Tristes y sangrientas experiencias habían demostrado que era inútil pensar en un levantamiento en la Vendée, y el formar un cuerpo auxiliar en los ejércitos extranjeros lo conceptuaban los emigrados poco decoroso y muy por bajo de la importancia que se atribuían. Deseaban, como hemos dicho, precipitar los acontecimientos, y, de consiguiente, pensaron que era preciso dar el golpe en el centro mismo del poder que aborrecían. No ignoraban que había en el ejército francés muchos generales descontentos, ya por razones personales, ya por desaprobación de la conducta del gobierno, y se figuraron cosa fácil ganarlos á su causa, forjándose la ilusión de organizar con ellos y los medios de que creían disponer un movimiento insurreccional en París, bastante fuerte para derribar el gobierno del primer Cónsul.

El gabinete inglés aprobó este plan, que, al decir de Lanfrey, tenía, entre otros inconvenientes, el capitalísimo de ser una sugestión de la policía francesa, y aunque no pueda afirmarse en absoluto que el hecho sea exacto, sí parece cierto que Bonaparte se enteró muy pronto de cuanto se tramaba y que sus agentes no tardaron en estar al tanto de todo lo que pensaban y hacían los conspiradores, cuya principal esperanza se cifraba en suponer al general Moreau inclinado á adherirse á su pensamiento. Sabiendo que el ilustre vencedor de Hohenlinden estaba profundamente disgustado y que era opuesto al

régimen consular, dedujeron los emigrados de Londres que lo encontrarían propicio á ponerse al frente del complot realista. Se equivocaban. Moreau permanecía fiel á los principios de la Revolución. Bien lejos de haberse arrepentido, censuraba especialmente las instituciones que eran copia ó remedo de las antiguas, como la Iglesia oficial y la Legión de Honor. La consecuencia política del insigne guerrero ha sido unánimemente reconocida. Savary, uno de sus mayores enemigos, declara «que era republicano de buena fe y tenía sólo desvío para los vendeanos. El testimonio de Desmerest, director de la política consular, es aún más terminante. «La misión de Monk, escribe, es para la que Moreau tenía menos disposiciones..... ¡Qué distancia no hay de su mal humor ó de su odio á la resolución de un trastorno y, más aún, á la acción misma!» Lafayette, cuyas palabras son tan dignas de respeto, refiere que, en Marzo de mil ochocientos tres, en una de las conversaciones que tuvo con Moreau, discutieron ambos todas las hipótesis posibles respecto á la suerte futura de Francia, y que su interlocutor, después de condenar la tiranía de Bonaparte y de examinar la situación respectiva de cada partido, exclamó: «Los Borbones se han vuelto demasiado despreciables para ser temibles,» añadiendo en seguida á manera de conclusión: «En cualquier caso, estemos bien seguros nosotros dos de encontrarnos y de obrar de acuerdo, porque yo he pensado y querido siempre las mismas cosas que usted.» Pero los monárquicos, engañados por su deseo, creían obra fácil reducir á Moreau, y para ello propusieron, en primer término, hacer que se reanudasen las interrumpidas relaciones de amistad y compañerismo que unieran á aquél con Pichegrú. Este último se había evadido milagrosamente de Cayena, adonde le llevaran con los proscritos de Fructidor, y después de sufrir desgracias y males sin número, vivía en Inglaterra, sujeto á los legitimistas desde su traición á la República. Su falta había sido muy grande; sin embargo, sus infortunios, los peligros corridos en común, el recuerdo de los laureles recogidos y de las fatigas soportadas juntamente, la amnistía otorgada á muchos bastante menos dignos de clemencia que el vencedor de Holanda, eran otras tantas consideraciones presentes al alma generosa de Moreau, en cuya virtud habría visto con gusto que siquiera se concediese al desterrado volver á la madre patria, que le era deudora de su salvación. El comité realista de Londres trató, pues, de aprovechar las disposiciones benévolas de Moreau hacia Pichegrú para reconciliar á los dos generales, persuadido de que, logrado esto, conseguiría el último arrastrar al primero á la conspiración. En su consecuencia, fué á París Fauché Borel, el astuto tentador que sedujera á Pichegrú, y presentóse en casa de Moreau, de quien, á pesar de su habilidad, no pudo obtener sino testimonios de interés y afecto á favor de un antiguo compañero de armas, absolutamente nada más, como reconoce él mismo en sus *Memorias*, al decir que «Moreau se negaba á conspirar, siendo su opinión que convenía dejar que se gastaran las cosas y los hombres.» La policía vigilaba á Moreau, acechando la ocasión de comprometerlo y

entregarlo á las iras del primer Cónsul; tuvo noticia de la presencia de Fauché en París y del asunto que le llevaba; lo arrestó, y la primera pregunta que le hizo fué relativa al general. Fracasada la tentativa de Fauché, confiése el proyecto de reconciliación al abate David, agente de los Borbones, que conocía personalmente á ambos generales. La policía, muy bien informada, creyó que, al fin, se iba á apoderar de documentos que comprometiesen á Moreau, y detuvo al abate en Calais, en el acto de embarcarse para Inglaterra; pero, registrando sus papeles, debió convencerse de que si Moreau estaba dispuesto á tender su mano á Pichegrú, nada había en las relaciones de uno y otro que oliese á conjura. Sin embargo, enterada, por las confidencias de Londres, de las esperanzas que los emigrados fundaban en el renacimiento de la amistad entre los dos antiguos compañeros y del partido que el mismo Pichegrú se vanagloriaba de poder sacar de la reconciliación, en vez de seguir deteniendo á los mediadores, se juzgó preferible dejarles obrar y aun alentarlos, hasta que sus manejos hubiesen creado al menos apariencias de complicidad por parte de Moreau, y obrando conformemente á esta resolución, cuando el comité realista de Londres nombró un tercer emisario, contentóse la policía con observarle en sus idas y venidas de Inglaterra á Francia. El nuevo intermediario, elegido muy á disgusto de Moreau, era el general Lajolais, amigo particular de Pichegrú y á devoción, como él y desde igual fecha, de los Borbones. Tan poco inclinado se sentía Moreau á servirse de Lajolais que, habiéndole pedido éste doce luises que necesitaba para ir á Londres, se los negó, y no hubiese podido aquél hacer el viaje á no acudir en su auxilio un tal Cochery, antiguo empleado de la gendarmería, que desempeñó en todo este oscuro negocio un papel bastante extraño. Lajolais era hombre enredador, presuntuoso, indiscreto, atormentado por el deseo de figurar, lleno de necesidades; así es que su única preocupación, en asunto tan grave, fué darse importancia y ver el modo de explotar ya al gabinete británico, ya á los comités realistas. Conociendo, pues, los agravios de Moreau y sus relaciones con los principales descontentos, no temió presentarlo como dispuesto á capitanear un movimiento contra el gobierno consular, cosa que aquél juzgaba imposible en las circunstancias actuales, y al poco tiempo, avanzando más, atrevióse á responder de la adhesión del general á la causa realista, en lo que desmentía desvergonzadamente. Algo hubo de sospechar Moreau de las intrigas de Lajolais, aunque sin conocerlas en toda su extensión, y quiso advertir á Pichegrú que desconfiase de él; pero á causa de la dificultad de las comunicaciones, el aviso no llegó á su destino.

Sobre la base de las falsas seguridades dadas por Lajolais, recibió su forma definitiva el plan de los realistas, determinándose que Jorge Cadoudal fuese á París con el encargo de preparar el terreno y reunir elementos de acción; debía seguirle Pichegrú, á fin de concertarse con Moreau y otros generales, así como también con las oposiciones del Senado y las asambleas políticas; por último, se trasladaría á Francia el Conde de Artois,